



REVISTA DEL CENTRE DE LECTURA

ANY VI.

REUS, 15 DE MARÇ DE 1925

NUM. 124.



Biografia d'En Joan Prim i Prats, Compte de Reus

escrita per En MARIAN RUBIÓ I VALLVÉ, amb motiu de la inauguració de la Galeria de Reusencs Il·lustres establerta en el CENTRE DE LECTURA, el 27 de novembre de 1915; i revisada rescentment per son autor.

EL GENERAL PRIM

I

Con razón se envanece la ciudad de Reus de contar entre sus hijos al ilustre caudillo que tan repetidas veces derramó su sangre en los campos de batalla y que tanto influjo ejerció en los acontecimientos de la vida pública en España. Era nuestro paisano un hombre nacido para la lucha. El temple de su alma era el del acero; su mirada poseía un fulgor extraordinario; su palabra sugestionaba, y atraía como si fuese poderoso imán del espíritu. En las contiendas humanas, es a veces más difícil sujetar a los amigos y colaboradores que vencer al contrario. Prim poseía el don, propio de los hombres fuertes, de ejercer una acción avasalladora sobre cuantos caían en la esfera de su acción. Por estas causas, se explica que llegase a ocupar un lugar preeminente entre las grandes figuras es-

pañolas del siglo XIX. Murió asesinado por los que no fueron capaces de combatirle cara a cara. Durante muchos años, todo el que comentaba los variados sucesos de la existencia nacional, solía pronunciar estas palabras «¡Si Prim no hubiese muerto!» Exclamación que constituye el más glorioso epitafio de un hombre público. Mientras grandes nombres, propios de los que desempeñaron los primeros papeles durante el reinado de Isabel II y en el período revolucionario que le siguió, fueron desapareciendo de la memoria de los ciudadanos, el de Prim, brillante como una estrella de primera magnitud, se ha transmitido de generación en generación, y quedará impreso de una manera imborrable en los anales de nuestro país. Es, por estas causas, muy legítimo el orgullo de

Reus por haber nacido en su recinto el héroe que constituye el objeto de las presentes líneas.

II

La guerra civil que se desencadenó al morir, en 1833, Fernando VII y que duró hasta 1840, fué para Prim la escuela práctica en que aprendió el arte de la guerra. Entró en fuego, por primera vez, el día 7 de agosto de 1834, siendo cadete de Cuerpo. En el combate de Peracamps, de 4 de enero de 1840, recibió su octava herida. Esto basta para comprender cuanta fué su actividad y su bravura en aquella terrible guerra. Nacido Prim el día 6 de diciembre de 1814, a los diecinueve años de edad ingresó en una Compañía del primer Batallón de Tiradores de Isabel II. Siete años después, es decir, cuando sólo tenía veintiseis años de edad, regresaba a Reus, coronel del Regimiento de Zamora, después de haber tomado parte en treinta y cinco acciones de guerra. El soldado de 1833, al cual sólo con gran dificultad se abrieron las puertas para el ascenso a oficial, quedaba ya, a la terminación de la guerra carlista, juzgado y consagrado como una gloria nacional. El bravo adolescente de ayer era ya un jefe admirado y respetado, su personalidad quedaba definida, y con ella se disponía a intervenir bien pronto en la vida política.

III

El rápido adelante que Prim había realizado en tan corto número de años, en su carrera militar, no satisfacía las ambiciones de nuestro heroico paisano. «¡La faja o la cajal» parece que fué, en aquella época el norte de su conducta. Más tarde, cuando tuvo la faja de general, sus anhelos se orientaron a conseguir la Gobernación del Estado. Elegido diputado, tomó parte activa en las deliberaciones de las Cortes. Votó a favor de la regencia de Espartero;

pero, más tarde se alió con los adversarios de éste, siendo uno de los primeros actores del movimiento revolucionario de 1843. Triunfante este movimiento, bien pronto se inició, en el mismo año 1843, una contrarrevolución, y Prim, factor preponderante de la primera, no podía contemplar imposable la segunda. El Gobierno le envió a Barcelona, creyéndole el mejor auxiliar posible, para detener la tempestad que se presentaba con caracteres amenazadores, y aunque la exaltación de los ánimos hizo imposible que aquella dejara de descargar en Cataluña y en otros puntos, su espada no permaneció envainada antes bien la esgrimió con acierto en Mataró, Gerona y Figueras, obteniendo, a consecuencia de las operaciones realizadas en la primera de las indicadas poblaciones la gran cruz de San Fernando, y alcanzando, al pacificarse Cataluña después de la declaración, anticipada, de la mayor edad de Isabel II el empleo de Mariscal de Campo (actualmente, General de División) a los 29 años de edad.

¿Fué exclusivamente la ambición el móvil de la constante agitación en que se desenvolvía la vida de Prim? El mismo contestó, en un discurso célebre, pronunciado en las Cortes, en el año 1850, a esta duda. «Mis ambiciones, dijo, se han reducido a ser general desde el primer día en que senté plaza de simple soldado; pero la faja que ciño la saqué de la boca de los cañones enemigos, la arranqué del centro de sus escuadrones y la conquisté de las brechas y murallas en defensa del trono y de las instituciones.»

En el periodo de tiempo comprendido entre la terminación de la guerra civil y la guerra de Africa, dos hechos llaman la atención del que sigue con interés el desarrollo de las facultades y del carácter del general Prim. El uno tuvo lugar en las Antillas; el otro en Oriente. Prim Capitán General de Puerto Rico, en 1848, recibe una comunicación de la autoridad dinamarquesa de la isla de Santa Cruz, en la

que se le manifestaba la apurada situación de la isla a causa de una sublevación de los habitantes de color de dicha colonia. Rápido como el pensamiento, a las seis horas envía a la posesión dinamarquesa una fuerte columna expedicionaria que restablece el orden y la tranquilidad. El gobierno de Dinamarca premió debidamente este servicio; contándose aquí el hecho, sólo con el objeto de demostrar que, en todos los casos, Prim obraba con rapidez y sin titubear.

Desde 1849 hasta 1854, visitando Prim algunas capitales extranjeras y poniéndose en contacto con personas notables de todos los pueblos y de todas las opiniones, formó ese criterio ilustrado que la sociedad moderna exige a los hombres que se destacan; profundizó sus conocimientos de arte militar, estudiando el armamento, la organización y el material de otros ejércitos, y en suma, el soldado valiente fué convirtiéndose en experto general, brillante figura de nuestra historia militar.

En 1853, fué Prim nombrado jefe de la comisión militar, agregado al ejército turco durante la primera guerra de Oriente. Prim no se limitó a seguir paso a paso las operaciones como espectador. Al contrario, ya acompañando al general en jefe del ejército otomano, Omer Bajá, o destacando a sus ayudantes con detalladas instrucciones, puede decirse que se soldó al ejército de que accidentalmente formaba parte, pres-tándole el concurso de su entusiasmo y de sus útiles consejos, ya que no podía ofrecerle el de su espada. Grande fué el agradecimiento que cosechó Prim de las tropas turcas, y de ello es prueba la deferencia con que le trató el Sultán concediéndole una preciada condecoración y haciéndole el presente de un valioso sable de honor. El nombre de Prim, con ello, sonaba ya fuera de España.

IV

Nombrado Prim Capitán General de Granada en 1855, y con motivo de hallarse

revistando la guarnición de la Plaza de Melilla trabaron ya duro conocimiento, las Kábilas fronterizas, con quién había, más tarde, que combatir y vencer el imperio marroquí. Su ascenso a Teniente General, en 1856, le colocó en situación de que sus servicios pudieran ser utilizados en forma más adecuada a las aptitudes del caudillo.

La guerra de Africa estalló en 1859. Prim fué a ella llevando el mando del ejército de reserva, a pesar de lo cual marchó siempre a la vanguardia en el camino de Ceuta a Tetuán. ¿Y quién podía disputarle este lugar de honor al hombre que no se encontraba nunca a gusto, sinó era el primero en el peligro? Condensar en breves líneas los rasgos brillantes de Prim durante la campaña de Africa es, más que empuñecerlos, anularlos. Suyas son aquellas palabras mágicas que, en pleno combate enardecieron a las tropas que acaudillaba: «¡Ha llegado la hora de morir por la honra de la patria, y honor no tiene quién morir no quiere! Vosotros podeis dejar abandonadas las mochilas, porque son vuestras; pero no podeis abandonar la bandera por que es de la patria. Yo voy a meterme con ella en las filas del contrario. ¿Dejaréis que caiga en poder del enemigo? ¿Dejaréis morir sólo a vuestro general? ¡Adelante! y ¡Viva la Reinal

La gloria de la campaña de Africa la conquistó Prim en los Castillejos. Ante esa página brillante, todo palidece, salvo los propios actos del caudillo heroico. Sólo él pudo excederse a sí mismo, al entrar más tarde a caballo en el campo enemigo, por las troneras de los cañones marroquíes, en la batalla de Tetuán.

V

«Prim no es más que un general valiente» dijo un día cierto periódico de ideas políticas contrarias a las del insigne hombre de guerra; y si bien la afirmación fué debidamente contestada, había que demostrar de modo que no dejara lugar a la me-

nor duda, que Prim era algo más que un soldado arrojado. Los acontecimientos de Méjico, que Prim había estudiado, dieron ocasión a que se tuviera de sus cualidades como hombre de Estado, el concepto que realmente merecía.

Pocas palabras bastan para explicar el origen de los trascendentales hechos de que fué teatro Méjico. Una revolución interior fué causa de desmanes de que fueron víctimas en sus personas o sus intereses súbditos de España, Francia e Inglaterra. Los gobiernos respectivos, puestos de acuerdo en una conferencia celebrada en Londres, determinaron llevar a cabo una acción colectiva, enviando a Méjico sus escuadras, con tropas de desembarco, para obligar al gobierno de aquel país a reconocer los daños causados por la revolución y a indemnizarlos en los mejores términos posibles.

Tratábase, pues, en apariencia, de una expedición de intenciones perfectamente definidas, dentro del orden de los intereses materiales lesionados, sin que la intervención extranjera tuviera que actuar para nada en la política interior del país. Pero, si estas eran las apariencias, bien distinta se manifestaba la realidad. Existía en Méjico el gobierno de Suarez que tenía en frente un partido que, con el deseo de devolver a la nación la tranquilidad de que carecía, anheló que se estableciera en Méjico un soberano sostenido por un fuerte Estado europeo.

Napoleón III, emperador de los franceses, estimó que contribuiría al brillo del Imperio el establecer en América un trono sostenido por Francia. No había de faltar

un príncipe dispuesto a aceptar el seductor papel que se le quería asignar, y en efecto, Maximiliano, archiduque de Austria, y hermano del emperador Francisco José, se avino a ser el emperador de los mejicanos.

Pero mientras se pactaban tales arreglos detrás de la cortina, la intervención convenida en Londres había de hacerse efectiva. Para llevarla a cabo, Inglaterra designó a un hombre civil, además del jefe militar de la expedición. También fué un hombre civil el plenipotencio enviado por Francia, y al contrario, el gobierno de España quiso que su plenipotenciario lo fuese el jefe de las fuerzas expedicionarias, el general Prim.

Ya en tierra mejicana, el asunto se presentó muy claro a la despierta inteligencia de Prim. El gobierno de Suarez era fuerte; el partido que había solicitado la intervención extranjera y el establecimiento de la monarquía carecía de eficacia. El clima era insoportable para nuestros soldados, que sucumbían a sus rigores. Los representantes de Francia, ciegos, sólo buscaban el medio de satisfacer los deseos de Napoleón III. Este escribe a Prim para atraerlo a que fuera colaborador de tales planes. El gobierno español empuja a su plenipotenciario para que se ponga de acuerdo con los franceses. Un segundo de debilidad del Conde de Reus, una vacilación en la energía del heroico caudillo, hubiera dado por resultado que España cayese en las redes de la aventura preparada por Napoleón III, una nueva página desastrosa hubiera quedado escrita en la historia de España del siglo XIX.

(Continuarà)

